

LAS DESENCANTADAS, POR R. CANSINOS-ASSENS

Veo lleno de piedad a las mujeres desencantadas que se retiraron lejos de los hombres, a la sombra más densa, y por temor de parecer seductoras dejaron de poner rosas en su cabellera y escondieron su mirada, en la que perduraba un último halago involuntario. Y siento veleidad de preguntarles:

—Oh mujeres, ¿por qué así jóvenes todavía y bellas como toda mujer, os retirasteis para siempre de los tálamos? ¿Por qué dejasteis que vuestra cabellera se empolvase como una sierpe y que, bajo las vestiduras informes como un olvido anticipado, se hiciesen antiguas vuestras formas? ¿Por qué renunciasteis a la seducción, costumbre inmemorial de vuestro sexo, y temerosas de parecer bellas, queréis confundiros con las sombras sin astros y esquiváis vuestros ojos de mujer, en los que a pesar vuestro hay inscrita una promesa antigua? ¿Por qué en vuestra huraña actitud esquiváis toda intención votiva y escondiendo el semblante bello, sólo la amplitud maravillosa de vuestras espaldas brindáis al largo reflejo del ocaso? ¿Por ventura, en el umbral de vuestra adolescencia, os intimidaron las saetas que tiene en sus manos el amor mitológico y las interpretasteis como una amenaza a vuestra tierna carne? ¿Un pavor inevitable os infundieron los atributos del amor femenino, los grandes trofeos fatecos, los erectos emblemas coronados de sangrientas rosas, los grandes lienzos salpicados de púrpura? ¿Os transisteis de gemela piedad, escuchando los alaridos de una amiga vuestra que el amor vulneró y formasteis el voto de conservarlas vírgenes, por amor a la frágil belleza con que os sonreían los espejos? ¿Aprendisteis desde muy niñas a compadeceros a vosotras, a deplorar vuestro destino y a consideraros más desgraciadas que vuestros hermanos? ¿Os llenaron de miedo las sangrientas huellas que marcaban vuestro paso por la escalinata de la primavera y os sentasteis asustadas temerosas de que vuestras vísceras se agotasen? ¿Os considerasteis semejantes a los corderos, cuyo vellón frontal se señala con sangre y os sentisteis elegidas, entre todos los seres, para un sacrificio reiterado? ¿Os asustaron acaso nuestras miradas demasiado vivas y apremiantes, nuestra plegaria demasiado exigente, la enorme presentida de nuestro amor, cuya extensión infinita vislumbrabais en el blanco de cielo de nuestros ojos desencajados? ¿Os asustasteis de sentir tan deseadas, interpretando como una amenaza cada uno de nuestros gestos de adoración, como el signo de una voracidad que sólo sería colmada con la muerte? ¿No visteis, oh mujeres, la inmensidad de nuestra indigencia; no reparasteis hasta qué punto estábamos también vulnerados; no hundisteis también vuestras miradas temi-

das en las llagas de nuestra carne? ¿Por ventura estábamos nosotros ilesos ante vosotras vulneradas? ¿No nos aguardaba también una pasión viril, augurada por los leños que no se alzaban para vosotras, por las lanzas que sólo querían anidar en nuestros costados? ¿No vertíamos también sangre ante vosotras por mil heridas manifiestas? ¿No era dulce para vosotras sentirnos siempre deseadas, imploradas por todos los ojos, acariciadas por todos los silencios? ¿No os enorgullecía ver como nuestra mirada se hacía triste a vuestro paso, como vuestra presencia nos empobrecía súbitamente, aunque ante nosotros pasarais sin una joya en vuestros brazos? ¿Tan grave, acaso, tan terrible es el sentirse adorados a la manera de los dioses, oh mujeres, que preferisteis ser ignoradas y desconocidas? ¿Acaso temisteis defraudar nuestra inmensa esperanza, aflojando el nudo de vuestras vestiduras y mostrándonos un pobre vientre surcado de rayas tristes? ¿No conocíais la omnipotencia de nuestra ilusión, capaz de embellecer hasta vuestras sombras y de hacer suntuoso hasta el último dedo de vuestros pies descalzos? ¿Por qué entonces os retirasteis, oh mujeres, lejos de nosotros, confinándoos en la región de los seres indecisos, para los cuales un tálamo es un sobresalto sin sentido?... ¿No comprendisteis que era vana vuestra fuga, oh mujeres? ¿Hay lugar bastante seguro para que una mujer se refugie en él, como no sea en las estancias, sin puertas, de la senectud? ¿Hay mar bastante alto para que una mujer lance a sus aguas la llave de su destino? ¿Por mucho que una mujer encubra su rostro, puede estar segura de no ser mirada por estos ojos nuestros que no se cansan de atisbaros y que persiguen hasta la huella material que perdura en la frente besada de los niños?

Oh mujeres, que os sentáis en los yermos, que despojáis vuestros cabellos de toda flor y vuestras manos de todo anillo, en vano queréis eludir nuestra mirada que, bajo vuestras ropas áridas, presiente cálices llenos de dulzura. Los ojos de los que miran por telones desgarrados, están fijos en vosotras implacablemente: el aire que os rodea está lleno de resquicios ardientes. Aunque cubráis vuestras mejillas de ceniza, las manos de los que saben sacar frutos de entre el fuego, se tenderán siempre ávidas hacia vuestra hermosura. Mientras conservéis en vuestras venas una gota de la miel juvenil, mientras vuestros senos sean capaces de llanto, como vuestros ojos y vuestros vientres en la noche de su secreto lancen mensajes aturridos a la vida; hasta que la vejez verdadera no haga de vuestras caras sin velos una cosa pretérita, los que tienen la llave posible de la puerta de vuestros destinos, no la arrojarán a lo lejos.

LA DAMA DEL ANTEPALCO, POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

En los antepalcos siempre había sospechado Miguel que se ocultaba una dama perversa y bellísima que se queda siempre detrás de la cortina porque de descotada que está no puede asomarse siquiera al palco, pues todo el público en pie se engallaría y cacarearía alrededor de uno de los mayores escándalos teatrales conocidos. Miguel comprendía que esa dama del antepalco no se le presentaría nunca yendo con amigos a los palcos. Necesitaba ir solo y además pretender y agasajar a la dama del antepalco.

En efecto, Miguel comenzó a asistir todas las noches al Teatro Dramático, donde les chocaba a todos verle aparecer en un palco tan solo y tan aburrido.

Las actrices creyeron en un admirador y todas se preguntaban cuál de ellas era la elegida, pues tenía aquel galanteador el tipo de los antiguos galanteadores del teatro, serios, constantes y tan mudos desde lejos, como era Miguel. El enamorado de la dama del antepalco dejaba como olvidadas sus flores o unos bombones en el diván de la antesala

oscura y se pasaba los entreactos allí dentro, esperando que se materializase la viciosa y clandestina mujer.

Un día, por fin, al abrirle el palco el acomodador, vió a una dama abrazándose con un señor.

—¡Caballero!—dijo Miguel como si sorprendiese a la dama del antepalco con otro, y ya iba a insultar al que se aprovechaba de la costosa conquista de tantos días, cuando se dió cuenta de la equivocación. Así dejó de pensar Miguel, en ridículo por aquella aventura, en la dama del antepalco.